

EL BAEDEKER Y SU SIGLO

(1839 - 1939)

Por
Luis Lavaur

Pocos síntomas más expresivos de que el pasado del turismo está cristalizando en historia que la creciente cantidad de episodios de su pretérito cuya génesis comparece aureolada con ribetes de leyenda. Difícil sería aducir razón convincente para eximir de servidumbre tal a la obra de un autor cuyo apellido estaba predestinado a circular por el mundo cómodamente visitable transfigurado en sinónimo de guía turística.

Una leyenda como otra cualquiera.

Si la cosa se mitificó, fue bastante después de que en Essen, prácticamente con el siglo, en 1801, y en el seno de una dinastía de impresores, naciera Karl Baedeker. Todavía transitamos por entre hechos verídicos y verificables cuando se nos asegura que en 1827, el joven Karl, hombre poco sedentario, decidió remontar el Rhin, aguas arriba hasta Coblenza, para establecer allí algún pequeño negocio por su cuenta y probar fortuna en el oficio familiar. (En realidad, se trasladó para regentar una sucursal de la editorial paterna.) Siguen concordando los dichos con los hechos al señalar que su llegada a Coblenza coincidió con la puesta en servicio de un buque a vapor para realizar excursiones por el Rhin, una de aquellas preciosidades flotantes, que en las litografías románticas caminan ancladas sobre el espejo de ríos anchos y sosegados, apoyadas, como en muletas, sobre dos enormes ruedas adheridas a los costados del navío, mientras sus entrañas exhalan, a través de una chimenea orgullosa, inmóviles bocanadas de humo con alta vocación de nube.

Cuando la leyenda se inicia en serio es al pretender que un buen día del año 1828, a los veintisiete de su edad, el joven impresor

realizó un acto, aparentemente nimio, pero destinado no sólo a configurar el resto de su existencia, sino a imprimir de paso no leve huella en el turismo y su historia. El joven, hombre curioso por naturaleza y nada opuesto al progreso y a la innovación, como más adelante lo demostraría de manera cumplida, adquirió un billete en el barco, apropiadamente, hasta Maguncia, cuna del inventor de la imprenta, así como como un ejemplar de una guía turística del río, redactada por un profesor, J. A. Klein de nombre.

El viajero —continúa la leyenda— regresó de su corta excursión (nada impide que de hacerla la realizara en el mismo día) albergando en el fondo de su editorial corazón sentimientos dispares y antagónicos. El viaje fluvial le encantó, pero la prosa rapsódica de su guía, además de haberle hastiado hasta el empalago —reacción imprevista en un joven alemán del romántico— le había dejado insatisfecho y a media miel desde el punto de vista informativo.

Ni corto ni perezoso —expresión nada disonante aplicada a personajes legendarios—, el joven Karl compró al autor de la obra sus derechos —deferencia hacia el trabajo del prójimo poco común en materia de guías turísticas—, y púsose a podarla a fondo, sustituyendo cada adjetivo por una fecha, un dato en lugar de cada suspiro, un guarismo terminante llenando el vacío dejado por cada signo de admiración, y un hotel o restaurante por cada nibelungo o walkiria extirpado. Al año siguiente, una vez reemplazados los arrebatos líricos del «Sturm und Drang», por método, orden e información precisa, imprimía en sus propias prensas su versión personal de lo que debía de ser una buena guía del Rhin; había nacido el primogénico de los «baedeker», cabeza de serie de unos textos arquetípicos y modélicos, para uso y consumo de una generación de turistas románticos, pero, como buenos teutones, aficionados a enterarse de la razón de ser y edad y medida exacta de los pelos y señales de cuantas cosas veían en el curso de sus viajes.

La realidad.

Aunque toda leyenda que se respete, y nada relacionado con un «baedeker» puede permitirse la osadía de no ser eminentemente respetable si no quiere perder contacto con el tema, claro está que la

glosada tiene su poso de verdad, además de cierto encanto simplista y aleccionador. Lo que en nada excluye, que, como también sucede con toda leyenda digna de respeto, su relación con los hechos no sea todo lo rigurosa que hubiera exigido con más insistencia que nadie su propio protagonista.

Evaluemos ahora, como diría Goethe, el tanto de «Wahrheit» subyacente bajo el «Dichtung», que mitifica suavemente la gestación de la emperatriz de las guías turísticas. En primer lugar, la decantada originalidad de herr Baedeker y a despecho de lo que proclaman algunos de sus apologistas más exaltados o peor informados, es, por principio, más que discutible. Desde que Pausanias, allá por el siglo II de nuestra era, confeccionó con orden, sistema y plétora de datos precisos y medidos, su «Guía de Grecia», virtualmente y de un golpe convirtió en ilusoria cualquier aspiración futura de originalidad en materia sumamente trillada desde aquel entonces. Lo probable es que quien se dedique a redactar guías turísticas con arreglo a un método racional, en grado mayor o menor, se encontrará plagiando a alguien que se le anticipó. Le sucederá lo que pronosticaba Musset a quien plantase coles, pues, como observaba el poeta, y con razón, «C'est imiter quelq'un de planter de choux».

El advenimiento del primer «baedeker» propiamente dicho y digno de tan ilustre nombre, acontecimiento que tuvo lugar en 1839, aparte de no ser obra juvenil, tuvo muchísimo que ver con el hecho de que cuando su autor regentaba su editorial de Coblenza, situada como un tajamar en la confluencia del Mosela con el Rhin («confluente» es la etimología romana del privilegiado lugar), la bella ciudad (1), era punto de cita y fuente de deleites paisajísticos sin fin para densos enjambres de turistas británicos, muchos de ellos en tránsito fluvial hacia Suiza e Italia.

Eran tiempos en los que en el vigoroso turismo del romántico se desencadenó una pintoresca Rhinolatría anglo-germana, un poco a expensas de las rutas francesas, que los literatos más representativos de la época, Hugo, Dumas y Gautier inclusive, reflejaron a través de excelentes crónicas de viaje sobre el atractivo río. Fueron tiempos también en los que al injertar Stendhal, en 1838, el término

(1) «De todas las grandes villas del Rhin, es ésta cuyo emplazamiento es el más bello». (Baedeker. «Bords du Rhin», Coblenz, 1868.)

«touriste» en el léxico francés, los diccionarios se disponían a entreabrir sus páginas para albergar al nuevo vocablo, definiéndolo, sintomáticamente, como sinónimo de viajero inglés. Lo verdaderamente importante, para lo que a nosotros y a herr Baedeker atañe, es que fuera en Colonia, Brujas o Coblenza, una circunstancia identificaba a simple vista, y sin necesidad de diccionario, a aquellos señores. Que la mayoría de ellos, en la mano o bajo el brazo, llevaban el mismo «red book»; un detalle condenado a no pasar inadvertido ante los ojos de un editor emprendedor, al frente de un negocio instalado a la vera del Rhin, cuando el río, como lo vio Víctor Hugo en 1838, fluía inundado de barcos de vapor transportando oleadas de turistas.

Merece mención especial y detenida este «libro rojo», que precisamente a partir de 1838 con tanta profusión comenzó a verse por Europa, incluida Coblenza y sus alrededores.

Las guías Murray.

Se trataba de la primera de las guías turísticas que ese mismo año había lanzado al mercado el prolífico editor londinense John Murray (1808-1892). Capta su título tan a las mil maravillas el «phatos» turístico de la época, que es difícil resistir a la tentación de transcribirlo en toda su impresionante longitud: dice así:

«Manual para los viajeros por el continente. Se trata de una guía (being a guide) a través de Holanda, Bélgica, Prusia y Norte de Alemania, y a lo largo del Rhin, desde Holanda a Suiza.»

Es digno de nota el tímido titubeo con que es empleado el término «guía», hasta entonces más adscrito en inglés a personas que a textos. El título, pues todavía no hemos concluido ni él ni nosotros, prosigue su curso con idéntica majestad de la siguiente manera:

«Contiene descripciones de las ciudades principales, sus museos, sus galerías de pinturas, etc., los ferrocarriles y principales carreteras, los distritos mas interesantes y pintorescos, así como los baños y balnearios más frecuentados. También incluye consejos a los viajeros y sugerencias para sus «tours».

Dicho en menos palabras, el repertorio integral del ramillete de necesidades, ilusiones y resabios del turista británico de la primavera de

la época victoriana, en el que se advierte la señalada ausencia de playas, como las de Bélgica y Holanda, luego tan frecuentadas.

Como no se trata ahora de glosar los productos turísticos del gran editor inglés, sino los de su contrapartida germana, nos limitaremos a indicar que los célebres «red books», de Murray, antecedentes directos de los «libros rojos» que harían famoso a Baedeker, como toda gran creación inglesa, fueron concebidos y circunscribieron su alcance al turista británico, al turista por excelencia y antonomasia, un ente que pagaba en divisa fuerte, ciudadano de un país victorioso en Trafalgar y Waterloo librados sobre aguas lejanas y suelos ajenos.

Aunque marginal al tema, otra circunstancia, pertinente porque nos concierne, es que a pesar de que Murray exteriorizó en todo momento, y en forma de libros, profundo interés por cuestiones españolas, en materia de guías, la referida a nuestro país no apareció hasta 1845, demora no imputable al autor, sino al redactor, el célebre hispanomaniaco Richard Ford, hombre pudiente que vivía en Inglaterra como un pachá, y que tardó diez años en cumplir su compromiso con el editor, entregando el original de su guía. La magnitud del retraso coincidió con la de su obra. Impresa, adoptó la forma de dos macizos volúmenes, poco manejables, que sumaban la tontería de 1.064 páginas. Más que un manual era un libro de viajes «for Readers at Home», como se indicaba en el subtítulo, con el objeto de justificar la inusitada obesidad de la obra, por lo que en 1847 se estimó aconsejable ponerla más en línea con sus esbeltas hermanas, editando el «handbook» propiamente dicho.

El propio Ford se encargó de aligerar de peso y expurgar la obra original (2), reduciéndola a un solo tomo de 645 páginas, más portátil y encuadernado, por supuesto, en la piel roja característica de todas las guías Murray. Esta, de todos modos, tardía edición del «red book» sobre España, es blanco de un encendido elogio de uno de nuestros mejores expertos en la materia, quien la califica de «insuperable y aún traducible, con ventaja sobre las demás, por la exactitud de los datos,

(2) No se perdió el residuo, pues con él compuso Ford esta vez, a paso de carga, su «Gatherings of Spain» (1846), obra infinitamente más fácil de obtener que su «Hand-book» (existen varias traducciones en castellano), y que aún hoy proporciona delicia releer.

la copiosa erudición y el sugerido comentario» (3), y al mismo texto alude con sutil ironía un viajero americano, precisamente en 1847, fecha de su publicación, al describir en Barcelona a un compañero de viaje británico, encarnación perfecta del anglo-sajonismo ambulante e insular de la época:

«Llevaba un «Murray's hand book» bajo el brazo, y sin duda alguna había ya leído en su libro la gran veneración y respeto que los ingleses y sus opiniones despertaban en España» (4).

En aquel momento, y sin proponérselo, el turista ultramarino subraya una de las diferencias más acusadas entre las primeras promociones de las guías Murray y los primeros «baedeker». Los textos del editor inglés se dirigieron a ingleses, preferentemente adinerados e incorregibles «snobs», mientras que el alemán, sin nacionalismos ni insularismos, fue confeccionando sus obras, con la precisión funcional de un reloj suizo, con destino a viajeros cuya curiosidad, casi ilimitada, incluía en lugar destacado el precio de las cosas.

De todas formas, no caben dudas de que aquel ubíco «red book», impreso en Londres, fue la musa inspiradora del editor de Coblenza, como se podría inferir del hecho de que el primer «Handbuch für Reisende», impreso en 1839, versara prácticamente sobre las mismas regiones comprendidas en el primer Murray. La deducción no tiene nada de conjetural. En el prefacio de su primera «guía», el propio Baedeker reconoció los préstamos que su obra debía a la de su colega británico, con quien, por cierto mantuvo una relación constante, fructífera y amistosa.

Los «baedeker» de herr Karl.

Para interpretar rectamente el significado real en el pasado del turismo del impresionante conglomerado de los «baedeker» en su vasta integridad, elaborado como una catedral gótica, en un lapso de tiempo que rebasa con mucho una centuria, es tarea, ímproba por descontado, y que en principio requiere encararse con la totalidad de la obra como si fuese un conjunto artístico o monumental, que en cierto modo lo es,

(3) GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del P. Feijoo*. Cap. II. (Madrid, 1933.)

(4) SERVEN T. WALLIS: *Glimpes of Spain or notes of an unfinished tour in 1847*. (Baltimore, 1896.)

definido además por un estilo peculiar y privativo, pues lo tiene. Pero como exige todo estudio con pretensiones de fecundidad practicado sobre entidades artísticas de largo radio de acción, tales como la pintura rafaelista o la arquitectura herreriana o churrigueresca, modos de hacer todos que tienen su germen en el genio e inspiración de un artista determinado, la superhumana extensión del estilo baedeker aconseja parcelar su indagación en períodos sucesivos, que distingan bien entre la obra del maestro y la de sus discípulos o escuela.

Supone no pocas economías de esfuerzo en esta clase de averiguaciones orientarlas hacia las raíces y formular los interrogantes fundamentales ante el creador de lo que provoca el interés, es decir, ante el «autor», el único con «autoridad» suficiente para contestarlas. De lo que en el presente caso se infiere que las preguntas deben de ser planteadas ante los ejemplares de las guías, cuya vida fue resultante directa del numen y esfuerzo personal de Karl I, fundador de la especie y de la dinastía, en otras palabras, ante el «baedeker» genuino y puro.

Pese a que se trata de textos hoy rarísimos de encontrar fuera de ciertas bibliotecas especializadas y muy bien dotadas, son en cambio fáciles de identificar gracias a estas escrupulosamente jalonados entre la aparición del primer volumen, en 1839, y la muerte del artífice veinte años después. Como en el arte de Picasso, valga la referencia aducida simplemente a modo de ejemplo de producción artística comercial, explotada en serie y por largo espacio de tiempo, son estas obras primerizas las que integran la época azul inicial del Baedeker, (roja sería más apropiada), de todas formas, un ciclo producto de veinte laboriosos años, plenos de arduo trabajo y andanzas sin tasa, pero incuestionablemente fructífero, pues no pocas de estas guías alcanzaron más de diez ediciones en vida del autor. El éxito comenzó a trascender fronteras lingüísticas al aparecer, en 1846, la edición francesa de la «Guía del Rhin», la misma que sirvió para el comienzo de su brillante carrera literaria y editorial, sin que sus ojos vieran la primera en inglés, el «Italy» (1861), pues el honrado Karl, en vida, se abstuvo de competir a domicilio con su amigo y colega Murray.

Murió finalmente en Coblenza, y en 1859, de un ataque cardíaco, pero rico, respetado y gozando ya de cierta reputación internacional. Dejaba tras sí una obra copiosa, en la que el paso del tiempo, como en todas las cosas vivas, iría erosionando la certidumbre y vigencia de más

de un dato, pero sin lograr marchitar la frescura y honestidad de sus descripciones, sólidamente cimentadas en la veracidad.

Al relatar un cronista local, muy de su época, el sepelio del gran editor, entre el cortejo que seguía al féretro destacó a un turista «in Reiseanzug», es decir «vestido de turista» o viajero. En su necrológica, el anónimo periodista logró extraer a la superficie el profundo sentido simbólico oculto en la incorporación al entierro de aquel viajero que caminaba acongojado tras el ataúd con un «baedeker» en la mano, interpretando su presencia en el duelo de modo inspirado y genial. Lo identificó «como esa persona que en los entierros importantes porta las condecoraciones del difunto».

Anatomía del «baedeker» prototípico.

La alegoría no pudo ser más exacta, cualidad que hubiera merecido el pláceme del muerto, pues además de ser su obra, como sugería el periodista, el máximo galardón y timbre de gloria del editor, la exactitud «sans peur et sans reproche» que campeó en cuantas páginas redactó e imprimió constituyó su máspreciado atributo. No deja de revestir interés explorar el sencillo mecanismo del proceso de elaboración de una obra, de literaria textura, en la que precisiones normalmente reservadas a las ciencias puras, fueron el principal objetivo perseguido en su confección.

Desde el primer volumen, los «baedeker» aparecieron dotados de una personalidad distinta y propia porque reflejaban la de su creador. Ya en el breve prefacio del primer ejemplar que imprimió, el viejo Karl se comprometía de modo personal al afirmar «esta guía debe ser una práctica y seria». Todas le salieron como las soñó. Precisas, enteradas, alertas y perceptibles —pero también algo distanciadas— respecto a las idiosincrasias nacionales de los países uno a uno por él visitadas, pero, por encima de todo, eminentemente respetables y conservadoras, en armonía perfecta con la mentalidad burguesa del turismo al que iban destinadas.

Era un turismo ya denso, pero no masificado aún, que como ahora se dice, demandaba bienes y servicios a los que exigía una virtud esencial: probidad. El sistema adoptado por Karl I para que sus productos satisficieran esta imposición fue, no imprimir una sola línea sobre nada que no hubiera visto y experimentado por sí mismo.

Entre los innúmeros ejemplos expresivos de su respeto por la verdad objetiva, y personalmente verificada, espigables a lo largo de toda su obra, consta uno sumamente revelador en su «Austria-Hungría» (1842), al consignar puntualmente la posibilidad de realizar el viaje de Pola a Fiume en barco, advertencia que en una guía no tiene nada de particular. Pero sí la tiene, y mucha, que en su prosa aparentemente impersonal el redactor añadiera una enternecedora apostilla: «El autor de estas líneas hizo de noche la travesía y deplora no poder dar detalles acerca de ella».

También testimonian la escrupulosidad informativa de herr Baedeker, sus diarios, borrador de sus textos, donde figuran incontables notas similares a la estampada en París el 13 de junio de 1854, en la que lacónicamente —el único estilo literario que conoció—, consigna las ocho horas que pasó en el cementerio de Père-Lachaise localizando tumbas de personajes célebres, y, por si fuera poco, las cinco horas adicionales que invirtió el día siguiente entregado a la misma actividad.

Su inefable mezcla de hombre de mundo e ingenuidad menestral se manifiesta en ocasiones múltiples y con frecuencia insospechadas, de manera recurrente en cuestiones relacionadas con la cartera de sus lectores. Esta preocupación queda exteriorizada por cierta frase preliminar de su guía de París, al insertar un comentario seco y lapidario (como que es plagio de una de las más célebres «boutades» profesionales de Napoleón), no desprovisto de actualidad: «Para viajar por aquí en primer, segundo y tercer lugar, se necesita una cosa; dinero».

En cambio, en «Italien», a juicio de su concienzudo autor el problema económico para el turista, no radica en los precios, sino en la pegajosidad de los mendigos. Contra contrariedad de tan turística raíz herr Baedeker suministra, en forma de consejo, un antídoto contundente: «Declinad con un firme *niente* apoyado sobre un expresivo gesto de disgusto».

En otra ocasión (su guía de Suiza), en medio de una entusiasta descripción de un «tour» de ensueño por los glaciares del Grindelwald, inyecta sin previo aviso un *Achtung* seco y tajante capaz de congelar el ánimo del más templado turista: «Al trasponer el Scheidegg comienzan los asaltos contra el portamonedas del viajero». Bien es verdad que la tranquilidad se restablece al proseguir la lectura y verificar que el autor no se está refiriendo a entidad tan improbable por aquellos pa-

rajes —por abruptos que fueran— como bandoleros helvéticos, sino a algo tan prosaico como los precios vigentes en la zona, que debían fumar en pica. Aunque también se refiere a dinero, carece sin embargo de relación con tarifas la exclamación que interpola al describir enco-miásticamente cierto festival: «La procesión de antorchas recuerda un cuento de hadas. (¡Ojo con los rateros!)»

Un sistema estelar.

Aparte de ser inútil de encontrar el sistema epigrafiado entre mapas siderales, tampoco puede decirse que cada estrella componente, al menos de manera indirecta, careciera por completo de relación con el éxito que presidió la empresa del célebre editor e incansable viajero. El que hablamos nació en el momento de la aparición súbita, por obra y gracia de K. Baedeker y en el firmamento de las guías turísticas, de unas estrellitas cuidadosamente prendidas al costado izquierdo de una catedral o museo, de un paisaje sobresaliente o curiosidad singular, o de un hotel o restorán digno de nota. Su conjunto componía un sistema de valoración de las cosas más importantes con las que en sus viajes entraba en contacto el turista, distinguido por su extrema simplicidad, así como por la economía de adjetivos calificativos que su empleo comportaba; un asterisco equivalía a un notable, dos a un sobresaliente, y aquí terminaba todo, pues dislate sería imaginar que en el dosificado y envarado repertorio de entusiasmos de herr Baedeker hubiera lugar para matrículas de honor.

El acontecimiento, pues resulta que lo fue, tuvo lugar en 1853 y sobre las páginas del «baedeker» aparecido en dicho año, en cuyo brevísimo prólogo, al hacer referencia a su innovación, el autor, jactándose moderadamente de su imparcialidad, pero sin presumir de infalibilidad, confiesa la particular atención que en la parsimoniosa distribución de estrellas, dedica a los hoteles, añadiendo en cursiva «sabido es que nuestras recomendaciones no se compran a ningún precio, ni siquiera en forma de anuncio».

En efecto, la constelación que reflejaba los mensurados veredictos en materia tan delicada como el dormir y el yantar, emitidos por aquel grave y achaparrado turista, cuya faz seria y rasurada, enmarcada por los signos de admiración de unas largas patillas y coronada por una cal-

vicie precoz, que con su pinta de «petit rentier» en vacaciones recorría Europa tan inadvertido, que raras veces fue reconocido, pronto constituyeron, desde el Báltico al Mediterráneo, temor y esperanza de hoteleros, restaurantes y compañías de transporte de viajeros. No era alarma excesiva, pues en cierto modo el codiciado signo, para más de una industria con pretensiones, podía significar poco menos que la disyuntiva entre el ser y el no ser. Una estrellita junto al nombre de un establecimiento determinado equivalía al espaldarazo que lo introducía en la distinguida orden de los hoteles de postín, y, en cambio, la ausencia del asterisco proscibía implacablemente al infortunado alojamiento extramuros del turismo de calidad.

Prueba palpable de la vigencia del artificio inventado por Karl Baedeker estriba en lo mucho que fue copiado, y si se precisa un ejemplo más próximo, se encarga de aportarlo la integridad de la industria hotelera española, que a partir de 1970, ha quedado jerarquizada desarrollando el sencillo dispositivo ideográfico que se le ocurrió hace más de cien años al imaginativo editor de Coblenza.

Estética del «baedeker».

Que hasta en un telegrama caben primores de redacción, es verdad cumplidamente demostrada por la prosa de Karl Baedeker, quien sin trasponer el marco de su lacónica escuetez, transparentó en cada párrafo que redactó, y de seguro que bien a su pesar, su acusada idiosincrasia. Si el estilo es el hombre, según el conocido apotegma de Buffon, es inevitable que tan personal texto aguante a la perfección justiprecios como obra literaria, o séase artística.

Así lo entendió don Eugenio d'Ors al destacar el cúmulo de procaicas bellezas ocultas en la redacción de estas guías, sin que el hecho de confundir la obra de sus discípulos con la del fundador de la dinastía, mera inadvertencia de fechas, en nada altere lo certero y penetrante de sus juicios. Para ello tomó como pretexto el que una revista literaria berlinesa, forzando tal vez un tanto las cosas, e identificando el «Dichtung» con la «Wahrheit», es decir, la poesía con la exactitud, proclamaba a Karl Baedeker como excelso poeta. Nuestro gran glcsista glósó simultáneamente el artículo y la obra del editor desde presupuestos estéticos, extrayendo conclusiones plausibles y de agudeza suma, puntualizando con sutileza:

«No hay nada de malo en que tomemos las guías —los poemas de Karl Baedeker— para compañía cuando visitamos un país extranjero, es decir, cuando la perentoriedad del servicio práctico que de ellas exigimos nos priva de la libertad suficiente para recoger el desinteresado juego de su emoción estética; o, todo lo más, en las vísperas del viaje, ya hostigados por la necesidad o el apetito de información...» (5).

Concluido su exordio, el crítico catalán pasa a situar al lector del «baedeker» en actitud mental apta para destilar los invisibles primores diluidos en la prosa aséptica del ilustre viajero y gran pedagogo, indicando:

«Pero ¡si requiriéramos en momento oportuno, con ánimo desembarazado, en actitud de puro juego, los volúmenes rojos! ¡Si hoy, que no hemos de ir al Canadá, buscásemos el Baedeker del Canadá, o bien tomásemos el de Austria, edición de 1902, para consagrar algunas veladas junto al fuego! Advertiríamos entonces hasta qué punto —la Odisea es un libro exacto— el Baedeker tiene un parecido con la Odisea».

Nada impide, pues, en contrapartida y como complemento, colocar albarda sobre albarda, y someter a valoración los tajantes conceptos estéticos consignados en obra, que de manera no por menos explícita menos categórica, sentó con firmeza las bases doctrinales de una estética privada. Prescindiendo de adjetivos siempre comprometedores y abiertos a la polémica, Baedeker, con aplomo y sinceridad característicos, resolvió el problema, siempre complejo, de jerarquización de valores, como si se tratara de clasificar hoteles. Dosificó la ración de goce estético que en su opinión era lícito extraer de la contemplación de cada una de las obras integrantes del acervo artístico de Europa por medio de sus famosas estrellitas, de modo que no fuera preciso ser ni arqueólogo ni coronel de ulanos para interpretar acertadamente su tajante jerarquización.

De esta manera, el notario, el industrial o el rentista de Hamburgo, Liverpool o Marsella (sin olvidar a las adineradas y despistadas oligarcas ibero-americanas de la banana y el café, de viaje por el viejo continente, que vinieron después), clientes natos todos y todas del «baedeker», bastábanles dar un rápido vistazo a la correspondiente página del manual, para extasiarse sin riesgo a postinar ante la **Mona Lisa, la

(5) E. D'ORS: *Cuando ya esté tranquilo*. Closa: «Karl Baedeker» (1927).

**Piazza di San Pietro (o **la Alhambra o **la catedral de Burgos), o limitarse a admirar cortesmente y sin mucho aspaviento una obra maestra de «Rembrandt, *el Arch de Triumph parisino (o *El Escorial o *la catedral de León), o bien, y según la edición de la guía que manejasen, pasar mirando de reojo, pero sin necesidad de hacer alto alguno, ante el Greco mejor o la bucólica playa más frecuentadísima en décadas posteriores.

Es circunstancia excesivamente ignorada que estos perentorios valedictos, en tiempos, ejercieron influjo casi tiránico sobre el gusto de sus lectores, y, por supuesto, revistieron trascendencia muy superior y calaron más hondo y más ancho que los emitidos por estetizantes y tratadistas, quienes, por de pronto, no dispusieron ni de tantos lectores, ni tan fieles ni tan cosmopolitas como los del editor alemán.

Sin embargo, abundan indicios que apuntan a negar a Baedeker autoridad en cuestiones artísticas, a pesar de sus estudios universitarios en Heidelberg y Berlín. Lo que sí demostraron poseer el fundador y sus sucesores en grado superlativo, fue un infalible instinto psicológico acerca de los turistas de su tiempo. De aquí la raíz dúplice del éxito de las guías en el campo de las artes figurativas y en el del snobismo artístico ambulante. Por un lado, los mesocráticos gustos particulares del redactor de las guías, coincidían exactamente con los de su clientela principal, la burguesía norte-europea de mediados del siglo XIX. Por otra parte, supo lo que aquellas formalistas gentes exigían de una guía. Más que teorías estéticas, lo que precisaban en sus salidas fuera de sus fronteras, era una especie de tratado de urbanidad y buenas maneras ante el fenómeno artístico exteriorizado por medio de obras concretas; es decir, si para un caballero o una señora estaba bien o mal detenerse, en su lugar de descanso, y con las pupilas dilatadas de admiración, por ejemplo, ante casos espinosos en extremo como *el David, de Miguel Angel.

El neo-Baedeker.

Hora es ya de despedirnos de herr Karl y advertir que el «baedeker» en que normalmente pensamos cuando oímos pronunciar tal palabra, o tropezamos con ella en un escrito, como en el caso de don Eu-

genio d'Ors, no se refiere a ninguna de las guías redactadas y elaboradas con tanto cariño por el probo editor. Lo más probable es que la alusión, por poco genérica que sea, afecte a cualquier volumen fruto de la segunda generación, obra de sus hijos Karl y Fritz, pues el primogénito Ernst, fue poco lo que contó en la empresa al fallecer, dos años tras la muerte de su padre.

Ambos hermanos, admirablemente adiestrados para la tarea que heredaron, prosiguieron con juvenil denuedo la obra paterna multiplicando la reedición de los tomos publicados, e inaugurando los suyos propios al imprimir el dedicado a «Londres» (1862). La editorial prosperó con la unificación alemana, y en 1872 —la guerra relámpago franco-prusiana de 1870, es la única que le sentó bien a Alemania y al «baedeker»— trasladaron el negocio a Leipzig, capital editorial del Imperio forjado por Bismarck. El cambio de aires, entre otras cosas, permitió a Fritz, el técnico del equipo, uno muy numeroso ya, implantar los mapas Baedeker, maravillas cartográficas que por su precisión teutona y alto sentido práctico, contribuyeron no poco a elevar la reputación de las guías a máximas cumbres de prestigio internacional. A esta fase, indudablemente, la edad de oro del «baedeker» y del primer Reich, corresponden el famoso «Siria y Palestina» (1875) y, sobre todo, las 826 páginas del «Estados Unidos» (1909), auténtico texto clásico en la literatura turística, que a los sesenta años de su publicación, para algunos viajeros americanos de paladar selecto, constituye incomparable guía para visitar con sumo provecho su propio país.

A pesar de las sustanciales mejoras técnicas, los «baedeker» procuraron conservar en lo esencial el sello impreso en ellos por el fundador. Lo consiguieron hasta el punto en que un arte consigue perdurar cuando el artesano se convierte en gran empresario. Las ediciones continuaron apareciendo bajo el nombre del viejo Karl, y como el Cid, el difunto editor siguió cosechando triunfos después de muerto. Ciertamente que los volúmenes por ser producto de un complejo equipo de especialistas, adquirieron un tono cada vez más impersonal, desprendiéndose paulatinamente de las sabrosas apostillas, tan entrañablemente personales, del fundador, pero tanto en tamaño y color, como en formato y seriedad, la nueva promoción de guías apenas se diferenciaba de la generación primitiva.

Estos cuarenta años que corren de 1874 a 1914, jalonan sin duda alguna el momento estelar de los «baedeker». Multiplicándose a ritmo creciente sus ediciones en alemán, francés e inglés, logrando irrumpir victoriosamente hasta el interior de la fortaleza del turismo de la época; en la propia sede del turismo británico.

La travesía del Canal.

Abundan hechos que marcan con gran elocuencia la magnitud del triunfo obtenido por las guías alemanas sobre aquel difícil terreno. Puede servir de exponente el que todavía en 1878, fecha de la publicación del delicioso relato turístico por Bélgica y el Norte de Francia, de Robert Louis Stevenson, «An inland voyage», el exquisito viajero y célebre escritor escocés alude, con marcado desdén, a la masa viajera de sus compatriotas, describiendo a Europa invadida por una horda «de rollizos cléricos, maestras de escuela, caballeros con trajes de *tweed* gris, *all the ruck and rabble of British touristy*, derramándose sin tasa, con su Murray en la mano, por todos los trenes del continente». No puede ser más significativo que el editor de una edición americana de la obra de Stevenson que tengo delante de los ojos, se considerase en 1911 en la obligación de añadir la nota aclaratoria siguiente: «Murray. Se refiere a John Murray de Londres, que publicó *guidebooks* sobre casi todos los países de Europa, suplantados hoy en gran parte por los Baedeker».

En efecto; rojos, compactos y rollizos, pletóricos de información sabiamente ordenada, son estos los libritos que dentro de los espaciosos bolsillos de su atuendo transportan por buena parte del planeta muchos de los intrépidos viajeros británicos que protagonizándolas van y vienen sin parar por las páginas de numerosas obras de Julio Verne, autor éste bastante sedentario por naturaleza, pero quizás uno de los seres que en su trabajo utilizó con aprovechamiento mayor las guías de Leipzig. El prolífico escritor francés se complacía en caracterizar en sus novelas a los trotamundos «gentlemen», y ellos, a su vez, terminaron por responder fielmente a su caracterización ante la pupila europea. Medio mundo los vió pasar vestidos con trajes holgados, a grandes cuadros, con esclavina y gorra de visera del mismo material, y reduciendo los tiempos de los verbos de las lenguas al infinitivo,

y diciendo «mi» en lugar de «yo». En otras palabras, y si prescindimos del «red book» y de la gramática, en la indumentaria que con incongruencia notoria circula Sherlock Holmes por clubs y salones londinenses, y en las pantallas de los «cines», mientras tarde o temprano, pero inexorablemente, atraparé a su criminal de turno. Ataviado de esta insólita guisa porque posiblemente les fuera insuperable a los ilustradores extranjeros de Conan Doyle imaginarse a un inglés de su tiempo vestido de otra manera.

El paso del Rhin.

Habida cuenta de que fueron únicamente en alemán, inglés y francés los idiomas en que se publicaron los «baedeker», no estaría ni medio bien en este caso abandonar suelto un cabo lingüístico dejando sin comentar las vicisitudes sufridas por las guías alemanas por los extensos dominios de la lengua francesa. En 1846, bastantes años antes que los ejércitos de Bismarck irrumpieran de modo imparable en la Francia del Segundo Imperio, privándola del Imperio y de algunos territorios aledaños al Rhin, Karl Baedeker había acaudillado otra infiltración por el país vecino al suyo, mucho más pacífica e intrascendente que la militar, pero más perdurable también. Coronó el triunfo su empresa, y en 1868, poco después de la muerte del fundador, en Coblenza, se habían publicado «baedekers» en lengua francesa sobre Alemania, el Rhin (siete ediciones), Países Bajos, Suiza, Inglaterra y, por descontado, el de París y norte de Francia (dos ediciones).

No fueron más que preliminares. Cuando se desencadenó en serio la invasión del ámbito editorial francófono fue una vez instalada la familia Baedeker en Leipzig. Resalta aún más el éxito obtenido el que tuviera lugar en tiempos en los que por razones fácilmente explicables y comprensibles, era, por no decir nulo, ínfimo el entusiasmo que los productos alemanes despertaban entre la masa lectora de un país recientemente vencido y humillado por las tropas prusianas. Otro grave inconveniente, que al menos teóricamente obstruía la penetración de los «baedekers» al oeste del Rhin, suponía el hecho de que en el mundo de las guías turísticas, Francia, y su zona de influencia lingüística, estaban sólidamente dominadas por las Guías Hachette, o, mejor dicho, por las «Guide Joanne», pues es de esta manera como justa y familiarmente las denominaban sus numerosos usuarios.

Las acreditadas publicaciones ostentaban el nombre del autor de las primeras, Adolph Laurent Joanne (1823-1881), un joven abogado de Dijon, que al trasladarse a París abandonó el ejercicio de la carrera por el periodismo, tardando poco en gravitar hacia el campo turístico. Por lo visto, su caso era uno de vocación o predestinación. De 1834 a 1840, y durante siete años consecutivos, M. Joanne habrá dedicado sus vacaciones veraniegas a recorrer, a pie por lo general, las montañas suizas, lo que además de justificar que en su ancianidad fundara con derechos indiscutibles el benemérito Club Alpino Francés (1874), le permitió confeccionar con pleno dominio del tema su primer «Itinéraire», el de Suiza, publicado en 1842 por la Hachette, que en vista del éxito del libro, y de la rentabilidad que prometía una rama literaria, hasta entonces poco explotada sistemáticamente, le encomendó su dirección. Más adelante Joanne «père» asoció a sus trabajos a su hijo, Paul Benigne Joanne, quien —de tal palo tal astilla— abandonaría igualmente la carrera judicial para secundar a su ilustre padre, sucediéndole luego en la dirección de las guías que pasearon por una gran parcela de Europa el nombre familiar.

De la monumental producción turística de los Joanne dan impresionante testimonio las 172 páginas que precisa el Catálogo General de la Biblioteca Nacional de París (ed. 1923), para reseñar los 1.050 títulos de libros y opúsculos de todo tamaño, pero dedicados todos, en su aplastante integridad, a temas relacionados con el turismo.

No está de más distinguir la disimilitud existente entre los procedimientos de elaboración que diferencian profundamente a las guías Joanne y las del célebre editor alemán. Las guías francesas, excepto las del viejo Joanne, solían aparecer redactadas y firmadas por un autor determinado, frecuentemente escritor de cierto renombre, pero ajeno a la editorial.

Todavía son fáciles de adquirir, y no a precio excesivo, las guías Joanne en los tenderetes de los «bouquinistes» parisienses de las orillas del Sena. Por lo común, acostumbran ofrecerse al presunto comprador con sus negras y rígidas cubiertas, uno o dos ejemplares a lo sumo, en contacto con un número muy superior invariablemente de los tomitos encuadernado con el rojo flexible e inconfundible de los pequeños «baedeker». La circunstancia constituye un barómetro visible y elocuente de

la magnitud del triunfo de las guías alemanas, sobre un terreno, si no abiertamente hostil, por lo menos resueltamente competitivo.

En materia de guías siempre abundan razones justificativas de la inevitabilidad de un plagio, por lo general nada fácil de sustanciar. Precisamente por esta razón es notable lo poco que en tono y contenido se hallan emparentadas las grandes guías francesas y alemanas. Las Joanne, como acostumbran advertir en sus prefacios, no se dirigen «aux touristes proprement dits», sino también a «los hombres estudiosos, ansiosos de adquirir noticias exactas y completas sobre la geografía, historia, estadística, monumentos, colecciones artísticas y científicas, la industria, el comercio, etc., de los diversos países de Europa y de Oriente». Fieles a su promesa, uno de los rasgos diferenciales de las guías Joanne es su carácter retórico y discursivo, con abundantes concesiones a la historia, las citas literarias y el buen decir. Otro rasgo distintivo es que se imprimieron con sensibles alteraciones en tamaño y formato, de morfología irregular y poco eficaz, en suma, para luchar contra la homogeneidad y el texto terso y funcional de sus vencedores los «baedeker».

Dadas las circunstancias, es casi desconcertante, o acaso significativo —más adelante indagaremos la cuestión—, que desde 1859 a 1906, las siete ediciones de las guías Joanne de España y Portugal, obra de no gran calidad, redactada por el erudito hispanista Lavigne, pudieran ser editadas tranquilamente en París sin tener que aguantar competencia alguna por parte de los editores de Leipzig, cesando de publicarse en cuanto apareció el primer «baedeker» francés sobre nuestra Península, lanzando en su lugar las «Guides Bleu», una imitación clarísima de las guías rojas alemanas.

El «baedeker» de entreguerras.

Así las cosas hasta que la primera guerra mundial cerró una época y abrió un paréntesis que dio paso a una tercera generación de «baedekers», engendrada por Hans Boedeker III, quien en una Alemania derrotada reorganizó la empresa del abuelo, y pese a lo desapacible de las circunstancias, consiguió confeccionar algunos de los mejores ejemplares, notablemente el «Egipto» (1928), difícil de extraer hoy por menos de 2.500 pesetas, de las manos de cualquier librero de

viejo suficientemente enterado de los precios vigentes en su mercancía.

Colítese sin esfuerzo que a objetos tan íntimamente adscritos al turismo, como los «baedeker», las guerras hubieran de serles fatales, y no sólo por la consabida afición que las conflagraciones acusan a **pulverizar la especie de riquezas** que con tanto cariño y municia los famosos textos catalogaron. La irreductible incompatibilidad entre las guerras y las guías turísticas se la subrayaron al Baedeker de modo directo y sobrecogedor los bombarderos aliados que en 1943 redujeron a pavesas, no sólo su entrañable casa solar de Coblenza, hacía tiempo transformada en museo, sino asimismo la sede central en Leipzig, donde en un puñado de horas infernales se perdió, para siempre, entre llamaradas nocturnas, el auténtico tesoro de geografía e historia socio-económica de medio mundo, acumulado en los archivos de la editorial, aunque permanecerá para siempre oculto en el limbo de lo ignoto, si entre tanta desdicha la sombra del viejo Karl encontraría algún consuelo halagüeño de enterarse que los bombardeos que la Luftwaffe practicó sobre lugares tan monumentales e inermes como Canterbury y Bath, en la primavera de 1942, fueron bautizados por los ingleses, con humor innegable, como «Baedeker raids».

De lo que no cabe duda es que aquellos fueron luctuosos momentos para la editorial, que marcaron para ella lo que parecía su fin y el de otra época turística, no muy brillante acaso, pero bien definida; la de entreguerras. Hasta entonces, cualquier viajero versado en alemán, inglés o francés, podía desplazarse desde la India o Siberia, hasta California, Alaska o el Sudán, cercenadas posiblemente sus pretensiones a la aventura, pero con el ánimo arropado con la seguridad superlativa de sentir en su bolsillo la presencia de un confortador certificado que le garantizaba de que fuera donde fuese, el eficaz y ubícuo equipo «Baedeker» se le había adelantado para desbrozarle el camino.

En 1939, cuando esta situación se altera, irreparablemente en cierto modo, habían sido publicadas más de cincuenta guías en alemán, treinta en inglés y unas veinte en francés. Encaramada en la cúspide de sus cuarenta y tres ediciones, encabezaba la lista «Suiza», un volumen tan pulcramente ordenado y tan atrayente como la nación que describe.

Volviendo hacia atrás las manecillas del reloj de la memoria se aprecia no poca inequidad en el hecho de que la temprana popularidad, que durante gran parte del pasado siglo, y por lo menos entre viajeros españoles de tendencias cosmopolitas, y hoteleros hispanos ubicados en zonas mínimamente turísticas disfrutó el apellido «Baedeker» («baedeker» quizás fuera más apropiado), tardara tanto en despertar signos perceptibles de reciprocidad por parte de los editores de Leipzig. Sin incurrir en hipérbole, no pueden calificarse de satisfactorios los resultados del encuentro editorial entre nuestro país y una obra destinada a descubrirlo ante tanta gente.

El contacto, aparte de comenzar tarde y con mal pie, resultó esporádico. La demora la pone en evidencia el hecho de que, hacia fines del XIX, raro era el país europeo, amén de alguno que otro americano, africano y asiático, que no contase ya con su «baedeker» respectivo, por lo que era virtualmente inevitable que por aquellas fechas la gran guía pudiera continuar ignorando la península ibérica. Por fin, en 1898, y en alemán, por supuesto, salió la primera edición del «Spanien und Portugal», que, como era dable esperar, surgió pertrechada por la espléndida cartografía ya habitual en la casa y su rico contenido encasillado en el impecable orden expositivo de rigor. Lo malo es que el texto, caso insólito, estaba tan plagado de errores y omisiones, que dos años después, en 1900, salía otra edición, acompañada de la francesa, en la que estaban subsanadas las deficiencias más protuberantes que maculaban la que le precedió.

Con el fin de evitar caricaturizar lo que a pesar de todos los pesares no deja de ser una obra estimable, haremos caso omiso de la edición de 1900, pues justicia obliga a establecer con absoluta claridad, que a despecho de sus defectos y considerado en su conjunto, el «baedeker» hispánico supuso un esfuerzo meritorio. Por de pronto, sus mapas de nuestras ciudades y catedrales, eran superiores con mucho a los que fuera de obras muy especializadas y de difícil acceso tenía a su disposición el lector corriente; posiblemente, mejores también que la cartografía que adorna la mayoría de las guías de nuestros días.

Como nunca quedará en claro el carácter esencial de una obra si al ensayar su valoración no se destaca la silueta de sus defectos sobre

el fondo de sus virtudes, abundantes e incuestionables en su caso, limitaremos nuestros comentarios a algunos muy objeccionables que el «baedeker» estampa sobre nuestra patria en su edición inglesa de 1901 y la francesa de 1908, ambas bastante revisadas ya, y vigorosamente representativas del turismo de la «belle époque», una fase de la cultura occidental a la que tan adherida se hallan las guías que nos ocupan. Subordinados a la salvedad expuesta, entresacaremos algunos conceptos que constan en las guías en cuestión, por chocantes, doblemente imprevistos en textos invariablemente puntuales y certeros cuando versan sobre entidades palpables y mensurables. Lo que en nada les exime, sino al revés, de la responsabilidad de haber contribuido, a costa nuestra, al fomento y consolidación del topicazo y del cliché que tantas veces enturbia la visión turística que unos países mantienen sobre otros.

Total. Que hechos en forma de letras de imprenta prueban que la ponderada perspicacia germana una vez más perdía el gobernalle y naufragaba lastimosamente al entrar en tangencia con nuestro país. Una vez más el texto de viaje alemán perdía su acento propio al franquear los Pirineos, y demostraba su incapacidad para reflejar la fisonomía de la España que tenía delante de modo diferente al de una guía francesa o inglesa de la época —defecto equivalente al que adolecían bastantes conceptos nuestros sobre Alemania— hasta el punto extremo, rarísimo en la uniformidad de los «baedekers», de que el tomo de Leipzig que nos cupo en suerte, difiere de tan sensible manera del adoptado en los impresos sobre otros países más afortunados, que podría ser apellidado con sobra de motivos como la oveja negra del copioso e informado rebaño que dio forma y estilo a un brillante período turístico.

La España del Baedeker.

Ya en la primera página, como de costumbre, la guía se ocupa largo y tendido de cuestiones monetarias, y con el encomiable propósito de tranquilizar al esforzado viajero que se dispone a orientar sus pasos hacia España y Portugal, los editores le aseguran que «los precios no son más elevados que en otros países de Europa, frecuentados por turistas». Pero poco duraría el goce de este hipotético turista

resuelto a explorar un país no frecuentado por sus congéneres cuando líneas más abajo le recomiendan : «Es costumbre, antes de aceptarlas, comprobar (essayer) las monedas de plata arrojándolas contra una mesa, etc., porque circula mucha moneda falsa».

Poco más adelante, bajo el epígrafe pasaporte, establece que no hay necesidad de proveerse del documento para visitar España y Portugal. Esta es la de cal. «Sin embargo —entramos en la de canto— nunca será excesivo recomendar al viajero obtenga antes de su partida un pasaporte visado por un cónsul español, porque 'les gendarmes espagnols' tienen orden de conducir ante las autoridades a cuanto extranjero les parezca sospechoso.»

Tres cuartos de lo mismo pronostica la guía sucederá al turista víctima de la tentación de abandonar las rutas ferroviarias de capital a capital, establecidas por el breviario caminero de Leipzig y proyectar la visita del país con alguna prolijidad. «La seguridad personal en las ciudades —admite la guía— es poco más o menos parecida a la prevalente en el resto de las ciudades europeas.» Pero, ojo al rasgo diferencial. «Al hacer excursiones por el interior del país, sobre todo por el sur, es aconsejable informarse en «la caserne de la gendarmerie.»

Como suele ser bastante habitual en muchas guías, el «baedeker» adopta una actitud condescendentemente benevolente acerca de la población indígena, e indica complacida que «la politesse pompeuse» del español «tiene un sabor romántico que seduce». Aunque nada profética considerándola retroactivamente hasta inserta una brillante nota prometedora de un futuro mejor, cuando en tono amable y optimista pronostica que «la costumbre que tienen los españoles de fumar durante las comidas tiende a desaparecer». En cambio, la conducta de nuestros antepasados, a pesar de su «politesse», escapa bastante peor librada desde puntos de vista de humana solidaridad:

«En caso de disturbios, crímenes o accidentes —aconseja la guía— el extranjero saldrá de estampía lo más de prisa posible (prenda la fuite au plus vite), pues las autoridades, prudentes con exceso, acostumbran detener en estos casos a todos los presentes, temiendo dejar escapar al culpable.»

Enarbolando posiblemente el principio, donde fueres, haz lo que vieres, rudo es el golpe que asesta con él a nuestra proverbial hospitalidad nacional, al prevenir al lector sin duda alguna ya suficientemente desfavorido: «Si el propio viajero es víctima de una desgracia, no cuente con la ayuda de nadie, pues todos temen ser arrestados».

Los ejemplos entresacados, y otros que se les añadirán, corroboran el aserto de Ortega, al indicar que «la vida tiene entrañas, pero también cutis», y cutis es por lo general, aunque piense lo contrario, lo que comúnmente roza un extranjero cuando se asoma a otro país. Así pues, puede que la impasible retina de los redactores de la guía captara bien la atmósfera turística —un aspecto epidérmico de lo social— de la vida española de principios de siglo. Lo que no garantiza la exactitud del retrato, pues como en una fotografía, la imagen obtenida será siempre resultante de la manera en que se manipuló la cámara y los lugares hacia donde se apuntó con el objetivo.

Ahora bien, lo que sitúa las alarmantes admoniciones preliminares de la guía en su justa perspectiva, y su disociación con la realidad, es que pese a lo que pudiera parecer nuestro país visto desde lejos, o lo que aún es peor, desde cerca con ideas preconcebidas, el caso es que la España de 1908, regida por la mano firme de don Antonio Maura, prosperaba de manera aceptable lidiando con una cuota de problemas domésticos de entidad ni mayor ni menor a la sazón que los que complicaban la vida nacional de otros países europeos. Ostentábamos signos externos de respetabilidad tan evidentes y cotizables entonces como una monarquía constitucional, apoyada en el Parlamento por dos partidos, liberales y conservadores, que se turnaban en el ejercicio del poder con el movimiento rítmico de un distinguido y planificado rigodón. El año anterior, hasta nos había sido conferido el honor de ser visitados por Eduardo VII, que vino a ver un poco el país y saludar de paso a su sobrina, la reina de España, quien gustaba fumar cigarrillos, ingleses por descontado, sin provocar escándalo perceptible entre sus súbditos. Lo que en lugar de atenuar, incrementa el coeficiente de inexactitud de las apreciaciones del «baedeker» es que, uno de sus más valiosos atributos fue la ausencia de inquina o malquerencia sobre país alguno, logro al que contribuyó la adopción como normal general la de no dar albergue en sus páginas, a cuestiones políticas sobre los países descritos.

Posada y camino.

Literalmente hablando, no existen posadas para el «baedeker» y los únicos caminos españoles que en 1901 y 1908 cuentan para la guía, son los de hierro, pues apenas son mencionadas las carreteras

españolas de primeros de siglo, presumible, por considerarlas inadecuadas para el confort de sus lectores.

En cambio, más que especial, es poco menos que exclusiva la atención dedicada a los trenes, «cuyo insatisfactorio servicio, da origen a numerosas quejas». Basándose en ellos —y a ver qué remedio— el «baedeker» estimaba que «un court voyage» por España y Portugal podía hacerse en dos meses y medio, sin arriesgarse a concretar el tiempo requerido para una visita que no fuera breve. Diríase que entonces tuviera el tiempo duración distinta del actual, y es curioso observar que, aquellos expresos nuestros, que hacia 1874 aterrizaron a Campoamor por su rauda vertiginosidad, ante la implacable estimativa de los redactores de la guía en 1901 y 1908 habían disminuído considerablemente su prisa, pues, como desdeñosamente cronometran, no pasan de 40 kilómetros a la hora, en el mejor de los casos, el de los «trains de luxe» naturalmente, y en cuanto a los «correos» difícilmente llegaban a los 25, sin contar con «los retrasos y paradas interminables», que al parecer les eran inherentes.

En realidad, los caminos españoles para la guía son poco más que el espacio indispensable que ha de ser recorrido para conocer el abigarrado conglomerado de museos, castillos, monasterios y catedrales, en definitiva, la «pièce de résistance» del «baedeker».

A veces, nunca muchas, la guía sugiere con insistencia mínima, excursiones radiales que a uno le encantaría poderlas realizar hoy obediendo puntualmente sus indicaciones. Sirve de ejemplo una factible desde Burgos:

«Excursión al Convento de Silos (2 días). En diligencia hasta Barbadillo del Mercado (45 kilómetros; cuatro horas y media. 5 pesetas). Después, a lomo de mula, que es menester encargarla de antemano al superior del Convento, quien la envía a Barbadillo.»

Se incrementan los fuertes efluvios de romántico resabor que irradiaba el telegráfico texto que enuncia la excursión al indicar, de propina, que «los benedictinos franceses de Santo Domingo de Silos acogen estupendamente a los visitantes, proporcionándoles gratis albergue y buen yantar (ofrenda usual, alrededor de 6 pesetas por persona)».

El nivel de la hostelería española, a juicio de la de 1908, y a más comerciales niveles, era espartano, o numantino si se prefiere, sin vislumbrar que muy poco después, en 1912, se abriría en Madrid el

«Palace Hotel», producto de impulso regio y capital belga, que marcaría el inicio entre nosotros de una fase más brillante en el campo del confort. Mientras tanto parece que nos las apañábamos mejor o peor con sucedáneos extranjeros de entidad menor, como se deduce de la extraña observación de la guía de que la mayoría de las fondas están regidas por señoras extranjeras y que muchos propietarios de hoteles de segunda, son italianos.

Desarrollando algo más el tema hostelero en que hemos desembocado, se observa, que aunque dosificada con parsimonia, la codiciada estrellita condecora en 1908 a bastantes más establecimientos hispanos que en 1901. San Sebastián (28.000 habitantes), sobrepasa en el orden estelar a Madrid (518.000) y a Barcelona (529.000), mientras que Palma de Mallorca (39.000), a duras penas logra un solitario asterisco. En cambio, Torremolinos es en la obra, mera expresión geográfica en letra minúscula, desprovista de significación; por su parte, descuellan las Islas Canarias y Benidorm, por su total ausencia y el interés que para la guía reviste la Costa que hoy denominamos Brava radica en su industria corcho-taponera.

Folklore turístico.

Nunca fueron los «baedekers» particularmente permeables ni adptos a las turbias vernacularidades mixtificadas y altamente comercializadas que a los turistas extranjeros que los visitan sirven algunos países bajo etiquetas folklóricas, prevención que en el caso español se relajó para no impedirle repudiar de sus páginas lo que entonces y ahora vienen constituyendo la sota, el caballo y el rey de nuestro folklore turístico. Vaya en favor suyo que en sus concesiones a la España castiza y chillona del «arsa y olé», se encaró con sus exteriorizaciones manteniendo una dignidad seca y significativa.

Como toda guía hispánica de la época que se respetara, el «baedeker», en inglés, se enfrenta con las corridas de toros, insertando en lugar oportuno y destacado una larga disquisición, eminentemente técnica, que en la edición francesa concluye con una nota, mucho menos técnica, pero resueltamente vívida y expresiva:

«Hoy en día —asegura el anónimo informador al rematar su exhaustiva explicación de una corrida arquetípica— su popularidad es mayor que nunca.

Sin embargo —un fallo más en el resbaladizo campo de la profecía— el espectáculo sufre una transformación que sin duda alguna le distanciará de las mejores clases sociales. La codicia y la publicidad sustituyen al tradicional honor profesional ('vergjenza torera'), y la participación de matadores femeninos, hipnotizadores de toros y toreros en automóvil (6), degradan el antiguo deporte nacional relegándole al rango de un vulgar espectáculo sensacionalista.»

La nota final arriba transcrita, en la versión inglesa, aparece sustituida por la impresión personal de un tal Mr. Finch, «que muchos visitantes compartirán», y dice así:

«Seis toros iba na ser matados, pero tan pronto como el tercero fue descuartizado y su cadáver arrastrado por las mulas, abandoné la plaza, disgustado y aburrido por partes iguales. Nada me inducirá a ver otra corrida. No sólo debido a su carácter cruel y brutal, sino porque es el espectáculo más cobarde y antideportivo que he presenciado en mi vida.»

Conscientes los redactores de la guía que, a pesar de sus admoniciones pocos de sus lectores dejarían de presenciar tan «brutal y sangriento espectáculo», pues en lo profundo es poco lo que varía el turista en el transcurso de los tiempos, inserta una reseña taurina, de tecnicismo y longitud parejas a los que campean en la versión francesa.

Otra cuestión, que como la anterior, contribuye a diferenciar acusadamente al «baedeker» hispano de sus parientes europeos, es la poca atención que dedica al «flamenco», que por aquel entonces vivía una de sus fases de máximo auge comercial. Únicamente en dos ocasiones, y con aire de cumplir una penosa obligación, roza la materia, reprobando de manera tácita, pero perceptible, la eventualidad de que gentes del linaje de sus lectores cedieran a la tentación de descender a mansiones tan ruines, como «los cafés nocturnos» de Madrid, «donde hay danzas y cantos llamados flamencos, que no deben ser visitados, ni siquiera por caballeros, de no ser en compañía de madrileños».

Los «cafés cantantes» de Sevilla, aunque tampoco apetitosos en exceso, no parecen requerir del turista tantas precauciones como los de la capital del país. Su descripción más bien parece orientada a sugerir al turista que lucha con el tedio nocturno, a decidirse a permanecer en la habitación de su hotel sevillano, leyendo en la guía cosas del siguiente tenor:

(6) Posiblemente, uno de los ciento diez censados en Madrid en aquel año.

«Los lugares de diversión del género 'soi-disant andadou' —informa gélidamente la guía en letras mayúsculas— cuyas representaciones a base de cante y danzas se celebran de cara a los extranjeros, no pueden dar idea de la auténtica vida popular. Por lo general, concurren solamente hombres y cierran durante la cuoresma. El 'Café Novedades', calle de Santa María de Gracia, 7 (entrada gratuita), es el único establecimiento permanente. Los bailes se ejecutan comunmente para una sola persona, mientras que los demás actores, sentados alrededor del escenario, animan con sus gritos a la bailadora y marcan el compás batiendo palmas.»

Tampoco peca de entusiasta el interés que adjudica a los gitanos, el último término del trío de bazas folklórico-turísticas hispanas de todos los tiempos. A los granadinos del Albaicín, en la edición francesa, les corresponde una reticente mención, en todo caso, poco estimulante para infundir a nadie el deseo de conocerlos personalmente:

«Pueden visitarse sus residencias subterráneas. Dicen la buena ventura y ejecutan danzas, que resultan muy caras (15 a 10 pesetas por persona). Como los gitanos mendigan descaradamente, es preciso proveerse de calderilla y paciencia. Un presunto 'rey de los gitanos', fantásticamente vestido, importuna frecuentemente a los extranjeros a la entrada del Generalife.»

No es más apetitosa la imagen que sobre el mismo tema facilita la edición inglesa de la guía:

«Quienes deseen visitar sus cuevas y costumbres deben gestionarlo de su 'rey', bien directamente o a través de su guía. Pueden oír vaticinios de su futuro o contemplar un baile gitano, espectáculo más notable por su costo que por su interés.»

Todavía escapan peor librados los de Triana, que en la versión inglesa (la francesa ni siquiera los menta) les adjudica el honor de practicar «bailes de antigüedad inmemorial, a los que se aconseja no asistan las señoras». Por su parte, un sólo adjetivo, «curiosas», reciben de manera oblicua los gitanos de Guadix, al referirse de pasada, y sin detenerse, a las cuevas que les sirven de residencia.

Trascendencia de las reputaciones turísticas.

Con base a lo expuesto, podría ser dicho a modo de resumen, que en las páginas de las sucesivas ediciones del Baedeker que a nuestro

país le fue destinado, España figura como una nación de acre y exótico atractivo, pero marginal en su esencia al concierto europeo. Sus habitantes de carne y hueso están relegados al papel masivo de servir de blanco a la curiosidad de los turistas, poblando un país prácticamente desprovisto de paisaje, sin que proceda extremar juicios ante invidencia tal, pues por motivos largos de explicar, no del todo in-conexos con graves deficiencias en nuestro sistema de transportes, la exaltación del paisaje hispano en guías turísticas extranjeras es acontecimiento relativamente reciente.

Es más que posible que el hecho de que estemos dedicando tan extenso espacio, sin agotarlo ni mucho menos, al capítulo de agravios retrospectivos formulados contra un texto del pretérito requiera alguna explicación. Obedece a nuestra convicción de que la problemática de las naciones, en el plano turístico internacional, donde los tópicos y estereotipos encuentran fácil acomodo, se asemeja mucho al de las mujeres solteras y atractivas residentes en poblaciones de no gran tamaño. En ambos casos su destino depende mucho más de su reputación que de su conducta, un par de cuestiones no siempre ni por lo más remoto relacionadas entre sí.

De este suerte, no es con mucho el reparo más grave que incita hoy la lectura del baedeker hispano el florilegio de comentarios y observaciones que stampa, en el orden, digamos, pintoresco, quizás no del todo injustos ni apuramos las cosas y adjudicamos la responsabilidad a quienes más la merecieron, pues en semejantes trances «arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué». Peor justificación tienen las apreciaciones (y omisiones) que esmaltan el texto al tratar de cuestiones esenciales en todo país, y máxime en un buen «baedeker».

Es precisamente en el ámbito de lo fundamental donde la guía alemana que nos tocó en suerte se diferencia marcadamente de su gran imitadora, las «Guides Bleus» de la Hachette, cuyos «aperçues» geográficos, económicos e históricos sobre España, suscritos por el profesor Schweitzer, son síntesis bastante más que aceptables, aunque, para decirlo todo, el «artistique» de Bertaux, se preste a bastantes objeciones. En este sentido, y con la salvedad anterior, comparativamente considerados, escapan muy malparados los «baedeker» ibéricos de 1901, 1908 y 1920, perentorios en exceso, por ejemplo, al preten-

der encapsular la integridad de nuestra historia (aún sale peor librado Portugal en todos los órdenes) en unas escuálidas tablas cronológicas.

Pero como en esta vida, las guías inclusive, todo en definitiva e irremediabilmente es relativo, ese laconismo que respecto a algunas materias básicas mantiene el baedeker hispano, llega a echarse de menos cuando se encara, y con gran amplitud, con una cuestión que no puede ser más fundamental en toda guía turística de alto copete. En este terreno sí que podría comparecer nuestro país, como era costumbre en la iconografía de la época, simbolizado en forma de mujer, y como la María Estuardo del dramón de Schiller que lleva su nombre, y en tono no menos dolorido y recriminatorio, exhalar ante los editores de Leipzig un «Ich bin besser als mein Ruf», en lenguaje para ellos perfectamente inteligible; y por varias razones.

Intentaremos seguidamente demostrar que sí en algo podía nuestro país alegar en su defensa, ante los usuarios del «baedeker» que le correspondió, un enérgico, «soy mejor que mi reputación», es justamente en tema tan importante como el de su arte.

Un ramalazo de inconoclastia.

Basta leer, incluso con atención mínima, el vasto y a veces farragoso capítulo preliminar que la guía alemana dedica al patrimonio artístico español, para no dejar de apreciar el tono abiertamente despectivo que adopta al justipreciarlo así como la estimativa, injusta a todas luces, con que allí quedaron valorados nuestros más ilustres tesoros visuales en el plano de la cultura occidental. Si roza con lo catastrófico la suerte que nuestro arte sufre a manos de la guía en cuestión se debe a que sus editores tuvieron la malhadada idea de encomendar su presentación al tratadista Karl Justi, un especialista en el peor sentido de la palabra, con mente de monorrail, aunque los pocos encomiásticos juicios que inspira el trabajo al que aquí nos referimos le puedan despojar del mérito de haber vigorizado la reputación que la pintura de Murillo merecía ultrapuertos en un momento de mala racha, así como haber compuesto uno de los estudios más voluminosos y sólidos sobre Velázquez (7).

(7) K. JUSTI: *Velázquez und sein Jahrhundert* (1868).

Los comentarios estampados acerca de la colaboración en la guía del célebre profesor encuentran no leve respaldo en que puesta su mente precisamente en el turismo, que es lo que aquí importa, sean todavía más graves y razonados los cargos que uno de los más distinguidos tratadistas modernos de nuestro arte imputa a su labor:

«Cuando hacia 1900 el turismo se generaliza —afirma el marqués de Lozoya— contribuye a la depreciación del arte hispánico la noticia histórica, debida a Carlos Justi, que antecede al Baedeker de España y Portugal» (2).

Al sustanciar su reprobación, nuestro profesor, cuya autoridad en estas cuestiones requiere todavía menos credenciales que la del profesor alemán, tiene la agudeza de subrayar un hecho bastante inadvertido; el enorme influjo que estas guías acostumbran ejercer en la elaboración de los conceptos generales que vastos sectores de opinión, deficientemente informados, absorben en el curso de sus viajes. Examinada la cuestión desde semejante punto de vista, que, dicho sea de paso, plenamente compartimos, es probable que nuestro marqués no exagere ni saque las cosas excesivamente de quicio al adjudicar al Baedeker sobre España una seria responsabilidad:

«Puede decirse que la inmensa mayoría del gran público de Europa y América recibió su primera impresión (de España) en sus páginas.»

Si fue así, nos lucimos; nosotros, la guía y el doctor Justi, que la prologó, pues, como pueblo, no pudo presentarnos más en precario en materia de artes figurativas. Nada más que doce líneas y media dedica al arte romano, y no muchas más le bastan para despachar a la arquitectura románica, aunque el profesor alemán se extienda más, y despotrique menos, al enfrentarse con el visigótico y el gótico, al fin y al cabo, estilos con pretensiones no exentas de fundamento a cierto parentesco con lo germano.

Pero cuando el sobresalto es inevitable es páginas más adelante, donde el lector descubre que bajo epígrafe privativo el profesor nos obsequia con todo un señor estilo, el «Grotesque style», que el propio Justi se toma la molestia de traducir al castellano como Estilo Monstruoso (sic y así como suena), sin duda alguna para sacarle de

(8) MARQUÉS DE LOZOYA: *Historia del Arte Hispánico*. Tomo I. Prólogo. (Salvat, 1931.)

sus justificadas perplejidades al lector español. Mucho más convincente resulta el profesor al añadir que «este estilo desconcierta la razón», y tal vez sin proponérselo demuestra de seguido cumplidamente su aserto incluyendo dentro del perturbador estilo cosas como el coro de la catedral de Burgos, la obra de Siloé en la de Granada y las Casas Consistoriales de Sevilla.

Salta a la vista que lo verdaderamente grotesco en este caso no es el estilo que se nos regala, sino que el insigne profesor, cuya competencia en determinadas cuestiones de arte español, la pintura del XVII, por ejemplo, quedó en otras ocasiones más que demostrada, en estas desdichadas páginas, redactadas en su senectud, no parara mientes en que «grottesco», de «grotto» (Grotte en alemán), aparte de no tener que ver absolutamente nada ni con monstruos ni con las obras artísticas españolas que cita, es un término que en el momento de su incorporación al léxico de la estilística, no tuvo nada de peyorativo, sino todo lo contrario. Fue un vocablo que se aplicó con respeto lindante con la veneración al ser redescubierta la pintura ornamental del Imperio Romano, allá por Roma y en 1488, en ocasión de que Rafael y unos amigos exploraban casi a tiro fijo los subterráneos (grottos) o restos de la «Domus Aurea» que Nerón construyó no lejos de donde la dinastía siguiente, tras destruir la fabulosa morada del excéntrico emperador, utilizó los ricos materiales de derribo para erigir el Colosseo.

Cabe esperar que los botones de muestra hasta ahora aducidos sirvan para eximir a nuestro eximio marqués de incurrir en excesiva indignación cuando sintetiza la colaboración del crítico alemán al Baedeker en el resumen siguiente:

«Comienza por precaver a los aficionados que piensan viajar por España de la desilusión que experimentarán si buscan en la Península un arte que responda a la originalidad del carácter español. No encontrarán sino despojos de todas las escuelas de Europa atraídas por el oro español... y gracias a aquel naturalismo italiano que al decidirse a copiar directamente de la naturaleza, enseñó a los pintores españoles *«a ser originales por primera y última vez.»*

Pueden aminorarse no poco los sobresaltos susceptibles de producir algunos de los exabruptos del profesor alemán, teniendo en cuenta que el que avisa no es traidor, y ya en las líneas preliminares de su estilo, y generalizando a todo pasto, había denunciado nuestra «fal-

ta de iniciativa y espíritu creador»; es decir, nuestra inepticia artística, a su juicio evidente y congénita, que atribuye —y así se explican las cosas— «al prejuicio oriental contra toda clase de trabajo».

Es curioso subrayar que como no pocos de los tratadistas extranjeros de nuestro arte en su tiempo, la única parcela de «arte español» que escapa indemne a sus depreciaciones versa sobre el aspecto menos español de nuestro arte, el musulmán, que, según el pronóstico de Justi, «ejercerá la más fuerte atracción en muchos viajeros».

Parece deducirse a simple vista cierta inconsciencia en sus juicios en el hecho de que sitúe con tanta contumacia la inspiración de nuestro arte extramuros de nuestras fronteras, poco después de haber definido al pueblo español «siempre hostil a lo extranjero y convencido de su propia superioridad».

Así las cosas, y decenas de millares de volúmenes, hasta que al preparar la edición de la gufa de 1929, alguien tuvo la afortunada idea de encomendar la actualización de su reseña artística a una compatriota del doctor Justi, a la doctora Gertrudis Richert, residente muchos años entre nosotros, indiscutible especialista en el románico catalán, que suavizó bastante a fondo los acres conceptos de su colega, adaptándolos a la realidad objetiva.

No son, pues, improbables los esfuerzos precisos para desatar los débiles lazos que por no mucho tiempo vincularon al Baedeker con España, lo que facilita proseguir el curso de esta revisión continuando con la reseña de los destinos de las célebres guías por otros lugares, cuya imagen supieron recoger estos textos con exactitud mayor.

Los imperativos categóricos de la exactitud.

Nadie deploraría más que el propio Stendhal, otro gran autor de guías turísticas, el hecho de que por culpa de haber nacido antes de tiempo no pudiera tener a mano el «baedeker» correspondiente a Italia, cuando bajo la cúpula vaticana de San Pietro —en realidad en su cuarto de trabajo de París— exclamó aquel vibrante y enfático «Voici des détails exacts» (9), promesa que, como es fácil colegir, no pudo hacerla buena, debido a que el inspirado italófilo del romántico no tuvo

(9) STENDHAL: *Promenades dans Rome* (1829).

más remedio que obtener sus «détails exacts» recurriendo a las imperfectas guías que circulaban en tiempos previos al de Karl Baedeker.

En efecto. Como la integridad de la obra editada bajo su nombre lo respalda, a veces, hasta esa exasperación que produce toda aproximación a la infalibilidad pormenorizada, no hay duda de que el viejo Karl perteneció a la estirpe de turista, tendente hace tiempo a extinguir, que confrontado, pongamos por caso, con las ruinas de un castillo capaz de despertar su curiosidad, experimentaba una especie de compulsión biológica irresistible que le impulsaba a enterarse, y hacerlo saber al lector en su manera incomparablemente sucinta, la edad cabal del edificio, quién lo construyó, cuándo, cómo, por qué, para qué sin olvidarse de medir, sin marrar un centímetro, la altura de su torre del homenaje, en el caso de que aún la conservara.

Por eso el poeta A. P. Herbert, quizá no del todo jocosamente, rimó su admiración por esta obra al escribir:

«For kings and governments may err
But never Mr. Baedeker...»

Esta «genauigkeit» a ultranza es indudablemente la virtud cardinal de todos los «baedeker», y es de celebrar que a la muerte del fundador así lo entendieran los continuadores de su obra, quienes lograron perpetuar la virtud como el rasgo distintivo de su estilo, si cabe, acrecentado por la disponibilidad de más y mejores medios de información.

Ello explica, verbi gratia, qué personaje de la independencia de criterios del famoso Lawrence de Arabia, al trepar en el curso de una de sus fabulosas proezas la desolada colina donde se dice construyó en tiempos el legendario Nimrod, rey de Assiria, su castillo, el no menos legendario coronel anotara en su diario: «Se divisa una vista magnífica, una de las más bellas de Siria, según mi Baedeker», confidencia que parece revelar que en sus audaces expediciones guerreras al frente de los beduinos, el escurridizo coronel no hizo ascos con toda probabilidad a la cuarta edición (1906), de la por tantos motivos admirable «Palestine and Syria, including the principal routes through Mesopotamia and Babylonia», provista con 20 mapas y 52 planos, instrumento de trabajo en manos de un imaginativo aventurero, resultó más que suficien-

te para traer de cabeza a medio ejército turco por los desiertos de Arabia.

La multiplicidad de usos, al margen de lo turístico, derivados de la proverbial o legendaria —que de todo hay— exactitud de los «baedeker», volvió a ponerlos de relieve, también sobre el plano militar, y en sus «Memorias», uno de los generales punteros de Hitler, destacado participante en el paseo militar que sirvió para mantener por algún tiempo a Austria incorporada al III Reich. Al llegar a la histórica noche del 11 de marzo de 1938 en que se perpetró el Anschluss, el general en cuestión relata el momento en que al frente de las unidades de su Panzer se presentó ante el jefe supremo de la expedición, encontrándose con la sorpresa de que había el Führer mantenido tan secretos los planes de anexión de su país natal al de su adopción que los mandos militares no disponían en la hora H de mapas preparados para llevar a cabo la operación que les había sido encomendada. Consta prueba del genio improvisador del comandante de los blindados en el párrafo siguiente:

«Los jefes de las fuerzas alemanas se hallaban incapacitados para actual, puesto que no podían realizarse los movimientos sin mapas. Resolvió la situación un ejemplar del «baedeker» de Austria que había traído conmigo, que suministró los mapas indispensables para planear nuestra entrada y ocupación del país» (10).

Una difícil resurrección.

Sabido es que toda virtud, incluida la exactitud, si exagerada, puede degenerar en vicio, y los vicios acostumbran ser particularmente nocivos para quien los contrae. Como seguidamente observaremos, no es otra la moraleja que se desprende del fracaso en que se disolvió el primer intento de rehabilitación de la obra.

Tan pronto concluyó la segunda guerra mundial, el viejo Hans, a los setenta y un años de edad, decidió resucitar de sus cenizas la ya centenaria empresa familiar a la sombra del solar calcinado de Leipzig, ubicado, por consiguiente, en plena Alemania Oriental. Reanudó su tarea imprimiendo un escueto volumen sobre la capital y, en aras de la precisión, en uno de los mapas que ilustraban la guía, señalaba en deter-

10) HEINZ GUDERIAN: *Panzer Leader* (New York, 1952).

minado lugar del centro de la ciudad la ubicación exacta de la Kommandantur soviética. Por lo visto, la censura stalinista mantenía criterios propios y un tanto casuístas sobre la exactitud, que discrepaban de los del editor, y al instante en que los verdaderos amos de la capital vieron señalada en el mapa su residencia con exquisita precisión se apresuraron a confiscar la edición entera de la guía. El anciano Hans, víctima de su escrupulosidad informativa, abandonó desalentado una tarea acabada de iniciar, arrojando definitivamente la esponja poco antes de abandonar para siempre este mundo.

Pero, no lejos de Leipzig, al otro lado de la frontera, se hallaba un sobrino suyo dispuesto a recogerla y encargarse de proseguir la empresa. Se trataba del joven Karl, que al concluir la guerra había rehusado prudentemente regresar al viejo solar de Leipzig, y capeó como mejor pudo el temporal post-bélico en la Alemania occidental en calidad de refugiado. Por algún tiempo el erudito joven se ganó la vida identificando campanas desmontadas de iglesias en territorio ocupado por el Ejército alemán con el objeto de fundirlas, participando en los trabajos para reintegrarlas a sus campanarios de origen.

Su pericia en materia de campanas demostró lo perfectamente preparado que ese hallaba Karl Baedeker IV para la tarea editora. Tan poco dado como su ilustre antepasado a perder el tiempo durante sus viajes, sus ratos de ocio durante la guerra por los Balcanes, el soldado los había dedicado, de manera característica en su apellido, a anotar en unos cuadernitos, germen de futuros «baedeker» que nunca verían la luz, cuantas singularidades veía en las comarcas que iba recorriendo con su unidad. A la muerte de su tío, escuchó el mandato de la estirpe, y lo obedeció poniendo inmediatamente manos a la obra interrumpida.

Comenzó por rehusar interesantísimas ofertas formuladas por «Touring clubs», boyantes editoras, y compañías petrolíferas, ansiosas todas de adquirir los derechos al usufructo del celeberrimo nombre, y sin sucumbir ante la tentación, y tras obtener un préstamo personal de unos cinco mil dólares, el joven editor inauguró sus actividades publicando el «Schlewig-Holstein», compuesto por él solo, trabajando en la habitación de una fonda, y muy en línea con el estilo de su bisabuelo, recogiendo su información «in situ» y por cuenta, pedaleando sobre una bicicleta de alquiler.

Habían renacido los «baedeker», aunque no podía presentarse más arduo y accidentado el camino hacia el éxito. El turismo post-bélico, la

«Reisewelle», u ola viajera, volvió a fluir caudalosa y a ritmo de dólar marcada con el signo de los vencedores, o de los neutrales, y en el campo editorial, los viejos feudos del «baedeker» aparecían sólidamente ocupados por las Blue Guides, Michelin, Nagel y otros parientes, más o menos lejanos, de las guías de Leipzig. No deja de ser notable —y significativo al mismo tiempo— que la aproximación más cercana en nuestro tiempo al viejo Baedeker hubiera de surgir escindida en dos series americanas de guías de gran tirada, ambas de inspiración muy personal. En universalidad, siguen llevándose la palma las confeccionadas por más de un centenar de redactores bajo la dirección de Eugene Fodor, un húngaro americanizado, quien anualmente lanza al mercado de habla inglesa treinta y cuatro volúmenes dedicados a otros tantos países. Pero por su personalísima elaboración mucho más cerca recuerda a los modos del viejo Karl la «Travel Guide to Europe» que también proyecta sobre el mismo mercado Mr. Temple Fielding. Se trata de un sólido volumen que en su última edición, la 24, condensa en unas 1.500 páginas lo mucho y bueno que a turistas hedonistas y poco dados a museos y antiguallas ofrecen veintidós países europeos, eso sí, con acusado énfasis en hoteles, night clubs y restaurantes, tema (¿quién lo supondría en tiempos de la hegemonía de Baedeker? en el que la guía del distinguido residente de Formentor, nuestro país ocupa amplísimo espacio y muy honroso lugar.

La cuestión es que no se amilanó Karl Baedeker IV al percibir la delantera que le había sacado la durísima competencia con la que se iba a enfrentar. Tras una breve residencia en Hamburgo, trasladó los cuarteles de su pequeña firma a Friburgo, donde, controlada por Karl, y con la colaboración de sus primos, Hans y Otto, la empresa renació con notable brío, consiguiendo entre todos que las ediciones de la perdurable guía sobrepasaran hoy las cien referidas a catorce países distintos, entre los que no se encuentran España y Portugal. La omisión obedece a que hace algún tiempo la basa Baedeker cedió los derechos de edición sobre nuestra Península a la casa Flammarion de París. A juzgar por las ediciones impresas en Francia, desde 1958, el baedeker ibérico no es ni sombra de lo que fue. Su formato tradicional se ha desvirtuado en nuestro caso el desdeñar el canon del bolsillo y pretender adaptarse a la curiosidad de gentes que viajan con mucha prisa, presumiblemente en automóvil. Aunque conservó las estrellas, insertó otras innovaciones internas, como unas curtas viñetitas ilustrando sus insípidas páginas,

que suplían pésimamente la ausencia de los mapas pluscuamperfectos de los «baedeker» auténticos. Se comprende fuera muy breve la vida del Baedeker francés.

El novísimo «baedeker».

Reencontrémosnos con la obra en su país natal y en los tiempos que corren, que ni de lejos recuerdan aquellos que concluyeron en 1939, en los que no se ponía el sol en sus editoriales dominios. Atrás quedó, y de fijo que para no volver, la época en que el mundo del turismo, y durante una centuria cabal (1839-1939) predominaron las guías alemanas, ejerciendo influjo no pequeño en la morfología y espíritu del viaje.

Es más que dudoso que la palabra «baedeker» sea capaz de suscitar en las generaciones actuales el cúmulo de evocaciones que despertaba en tiempos no muy distantes todavía, cuando, como fue recordado en momento oportuno, el término, además de ser sinónimo de guía turística, que ya es decir, vino a ser también símbolo expresivo de una peculiar manera de viajar, hoy casi fenecida, de la que formaban parte integrante gestos poco menos inopinados en el presente, como la visita inquisitiva y despaciosa, como cumpliendo un noble ritual, de todas y cada una de las capillas de una buena catedral, o la totalidad de las salas de un buen museo, si así lo recomendaba la guía a su obediente lector.

Como sucede en el «Volkswagen», otra gran creación germana dotada de universalidad y durabilidad, cierto es que los «baedeker» contemporáneos continúan circulando por el ancho y vistoso mundo con la vieja carrocería original. Siguen las tradicionales letras doradas campeando sobre las gúles de la flexible cubierta, y las mismas viejas estrellas prosiguen orientando pasos y gustos de muy diferentes viajeros. Pero bajo el uniforme ancestral, en su interior, las páginas hablan hoy de aviones, «autobahne», moteles, campings, drive-yourselfes o Hydrofoils, y de cuantas aportaciones una tecnología en evolución febril pone al servicio de masas viajeras que se desplazan de prisa. Lo importante es que su vínculo con el pasado persiste inalterable, función cuyo desempeño en el orden dinástico corre a cargo de la reciente incorporación a la editorial de Karl Baedeker V, hijo del presidente de la empresa, quedando garantizada así, y por bastantes décadas más, la longevidad de la más célebre familia de guías turísticas que en el mundo han sido.

Lo que al paso que van las cosas, y las gentes, incita a imaginar, como suceso ineluctable, la aparición en algún buen día, quizá no terriblemente lejano, de una «Guía Baedeker de la Luna», en la que, reemprendiendo su misión desmitificadora original, un chaparrón de veraces estrellas calificará jerárquicamente los más interesantes lugares de visita en nuestro satélite.

R E S U M E

LUIS LAVAUUR: *Le Baedeker et son siècle.. (1839-1939)*

L'auteur recherche et étudie les vicissitudes du Baedeker, l'empereur des guides touristiques, dans ses cent années d'existence. Il insiste spécialement sur le reflet de l'Espagne dans les éditions du guide dédiées à notre pays, un contact dont le résultat n'a pas été aussi satisfaisant qu'on pouvait l'espérer, étant données les circonstances commentées dans l'ouvrage. On dédie aussi une attention préférente au traitement du patrimoine artistique espagnol, conditionné par les critères prédominants de l'époque.

Il met fin à son ouvrage en situant le «Baedeker» actuel dans la perspective qu'il mérite dans le vaste domaine des guides touristiques du présent.

S U M A R Y

LUIS LAVAUUR: *Baedeker and its century. (1839-1939)*

This article is a research work in which the author studies Baedeker vicissitudes as the most remarkable tourist guide on the accomplishment of its century. A particular mention is made regarding the reflection of Spain in the editions dedicated to our country, a contact which results did not fulfil what was expected on account of the circumstances commented in the context. A special attention is paid to the spanish artistic wealth according to the criterion predominating at that epoch.

The author ends his contribution placing the present Baedeker at the deserved perspective of nowadays touristic guide books.

Z U S A M M E N F A S S U N G

LUIS LAVAUUR: *Der «Baedeker» und sein Jahrhundert. (1839-1939)*

Diese Arbeit ist eine Untersuchung, in der der Verfasser die Wechselfälle des «Baedeker» analysiert. Der «Baedeker» ist der König der touristischen Reisehandbücher in seinem Dasein von hundert Jahren. Hier wird besonders hingewiesen auf die Widerspiegelung Spaniens in den Ausgaben des Reisehandbuches, die unserem Lande gewidmet sind; ein Verhältnis dessen Ergebnis den befriedigenden und erwarteten Zielen wegen verschiedener Umstände, die in der Arbeit ausgelegt werden, nicht entsprach. Es wird auch bevorrechtete Aufmerksamkeit auf die Behandlung des spanischen künstlerischen Vermögens gelenkt, bedingt durch das vorherrschende Kriterium des Zeitraumes.

Die Arbeit stellt zum Schluss den gegenwärtigen «Baedeker» in die verdiente Perspektive innerhalb des ausgedehnten Feldes der touristischen Reisehandbücher der Gegenwart.